

podía distinguir algo de lo que pasaba en el mar, y el vicealmirante no despegaba su vista del bote que se alejaba.

De repente Brodeli exclamó:

—¿Qué es eso? ¿qué pasa allá? parece que se baten en ese bote.

En efecto, Don Simeon y sus compañeros, armados de grandes cuchillos, se habían lanzado sobre los marineros del bote.

Los piratas resistieron un momento; pero desprevenidos como estaban, pronto sucumbieron, y uno en pos de otro, sus cadáveres fueron arrojados al mar.

El combate duró un momento; los españoles se apoderaron de los remos, y con toda la energía de la desesperación comenzaron á bogar.

—¡Se sublevan y se roban el bote!—exclamó Brodeli, ciego de furor:—á botar al mar las lanchas; ¡fuego sobre ese bote que huye! ¡fuego!

Pero ni los botes estaban dispuestos, ni la artillería lista, ni los fugitivos lejos de la playa; de manera que cuando quisieron perseguirlos, habían saltado á tierra y perdiéndose en los bosques, dejando el bote salvador flotando entre la marejada de la costa.

## XVII.

## La salvacion.

EL vicealmirante no conoció entonces límites en su furor, y pasó por su cerebro la idea, como un relámpago, de que todo aquello era obra de Ricardo.

Inmediatamente le hizo venir á su presencia.

—¿Qué marineros habeis sacado para conducir á esas mujeres?—le preguntó ronco de ira.

—Cuatro que me habeis pedido.

—¿Quiénes eran ellos?

—Ignoro sus nombres—contestó desdeñosamente Ricardo.

—¡Atad á ese infame!—gritó Brodeli á los marineros que escuchaban.

—¡Infeliz del que se atreva á tocarme!—gritó Ricardo sacando su cuchillo.

Los marineros, que en su mayor parte eran ingleses, y que detestaban al vicealmirante, fingieron terror y no se movieron.

—¿No lo oís?—exclamó Brodeli;—atadle, cobardes. Nadie se movió.

—¿Conque es decir que nadie me obedece? ¿es decir que os rebelais por miedo? Bien, cobardes; lo que no os atreveis á hacer todos juntos, lo haré yo solo.....

Y diciendo esto, dió un paso para acercarse al inglés.

—¡Brodeli!—gritó Ricardo—te lo advierto; si te pones al alcance de mi mano, eres hombre muerto.

—¿Serias capaz?

—Sí, lo seré contigo.

—¡Soy el vice-almirante!

—¡Eres un monstruo que abusas de tu posicion, que has querido seducir y robar la mujer de uno de nuestros hermanos ausente y que en estos momentos combate por nosotros, y yo no te lo he permitido.....

—¿Es decir que confiesas que tú has sido el que protegió la fuga de esas mujeres?

—Sí, yo fui.....

—Entonces, mas terrible será tu castigo.

Y fingiendo retroceder, Brodeli sacó una pistola, y antes de que Ricardo hubiera tenido tiempo para huir el cuerpo, disparó, atravesando con la bala el corazon del jóven inglés.

Ricardo lanzó un gemido, abrió los brazos, dejando caer el cuchillo que tenia en la mano, y su cadáver rodó á los piés del vice-almirante.

Un grito de indignacion partió de la boca de aquellos marineros ingleses que presenciaban la escena, y todos se arrojaron sobre el vice-almirante, gritando: ¡Venganza! ¡venganza!

Brodeli desprendió de su cinto otra pistola y se puso en guardia; pero los ingleses estaban furiosos y seguian avanzando sobre él.

La gente que acompañaba á Morgan era, puedé decirse, una reunion de hombres que representaba todos los países, todas las naciones. Habia entre ellos italianos, españoles, negros, americanos, y hasta chinos; pero la mayor parte eran franceses é ingleses.

Los ingleses reclutados por el almirante, y los regularmente adictos á su persona, estaban siempre en rivalidad con los franceses, que seguian á Brodeli, y varias ocasiones habia sido necesario todo el gran prestigio de Morgan para contener los desórdenes que de esa rivalidad habian nacido.

Naturalmente, cuando el almirante eligió para sí el «Santa María de la Victoria,» lo tripuló con ingleses, y el vice-almirante se encontró allí rodeado de hombres que no le querian, y por eso, en los momentos del conflicto, no encontró ni un solo defensor.

Brodeli comprendió perfectamente la situacion en que se encontraba, y que solo con un rasgo de audacia podia salvar.

Retrocediendo, y amagando con la pistola á los que le amenazaban, llegó hasta el punto que creyó conveniente para su plan. Entonces descargó la pistola contra el que tenia mas inmediato; los demas retrocedieron por un momento, y antes que se disipara el humo de la descarga, y antes que los ingleses le acometieran de nuevo, se arrojó al mar, y procuró, á fuerza de brazo, ganar el costado de uno de los navíos que estaban tripulados por franceses.

Llegó, en efecto, á uno de ellos, bajaron la escala, y el vice-almirante subió, lanzando desde allí un grito de desafio á los ingleses.

A bordo del «Santa María» había vuelto á restablecerse la calma; se levantó el cadáver de Ricardo y fué colocado en un bote, y acompañado por algunos de sus amigos, que determinaron llevarlo á tierra y conducirlo á presencia de Morgan, para pedir justicia ó venganza.

Esta fué la razon por lo que llegaron hasta la villa y la casa en que se alojaba el almirante.

Morgan escuchó con serenidad la relacion de aquel accidente y prometió hacer justicia, agregando á los ingleses que toda la fuerza debia embarcarse en aquella misma tarde.

Brazo-de-acero quedó consternado; había muerto Ricardo por servirle, por ser fiel á su promesa, por salvar á Julia; ¿pero adónde estaria Julia? ¿qué habria sido de ella?

Perdida en los bosques, y en compañía de hombres que poco debian conocer el terreno, corria peligro de caer en manos de los piratas otra vez, ó de morir de hambre en las selvas.

Antonio pensó en salir á buscarla, y casi se lo dijo al almirante, con quien comenzaba ya á tener confianza.

—Imposible es eso que vos pretendéis—contestó Morgan.

—¿Por qué?

—Porque vos no conoceis estos terrenos, y porque dentro de pocas horas debemos darnos á la vela: unos de los nuestros que han salido de la ciudad esta mañana, han hecho prisionero á un negro que traia cartas para nuestros prisioneros; en ellas les dicen que nada paguen por su rescate, que mañana mismo estará aquí un poderoso auxilio, tal vez toda la armada española, que nos busca para vengar la presa del «Santa María» y rescatarle; no podemos perder ni un instante.

—¿Pero yo puedo dejar á Julia así, abandonada?

—¿Y qué remedio? ¿os quedareis solo? ¿os expondreis á ser ahorcado sin remedio, quizá delante de esa misma mujer que buscais?

—¿Quizá moriré! pero yo no puedo abandonar á Julia!

—¿Antonio!

—Señor, si teneis confianza en mí, dejadme, que pronto os alcanzaré: ¿cómo? Dios me iluminará; pero si no, hacedme conducir preso á vuestro navío, porque yo voluntariamente no dejaré esta isla hasta saber que Julia está en salvo.

—Haced lo que os parezca, Antonio; pero yo os aconsejo que no permanezcais aquí por mas tiempo; mañana llegarán las tropas españolas.

—Es inútil cuanto mas digais, señor; estoy resuelto á buscar á Julia, á encontrarla, y la buscaré y la encontraré.....

—¿Sois libre!.....

Antonio procuró cambiar de trage inmediatamente, y sin esperar mas, salió de la villa y tomó el rumbo que le indicaron que habían seguido en el bosque los fugitivos españoles y las señoras.

Caminó mucho tiempo sin encontrar á nadie por en medio de los bosques desiertos.

Por fin, comenzó á escuchar el ruido del Océano; estaba cerca de una playa.

Salió del bosque y se encontró en la orilla del mar.

Inmensos peñascos salian de entre las aguas, y se alzaban unas veces negros y erguidos, y desaparecian otras entre inmensas olas, que levantaban crestas y penachos de espuma blanquísima y luciente, como si derramaran sobre los riscos, cascadas de perlas y de diamantes.

Antonio conoció que estaba en la playa opuesta á la que tenían ocupada los piratas.

Quizá allí habia buscado Julia un refugio.

Habia una senda estrecha por la arena; de un lado bosque espeso, de otro mar: Antonio siguió resueltamente aquel sendero.

Algunas veces el Océano retiraba sus olas, que iban alejándose como un inmenso manto que se arrastra; otras venia furiosa la marejada á morir hasta el pié de los árboles.

Brazo-de-acero sentia llegar las olas y se detenia; lo cubrian algunas hasta la cintura, se retiraban, y volvia á ponerse en camino.

El sendero se internaba en la selva, separándose de la playa; Antonio lo siguió, caminó entre el bosque un largo rato, volvió á escuchar los tumbos de la mar, miró adelante y se encontró con que habia llegado á una gran ensenada.

Allí habia gente.

A lo lejos navíos á la ancla, gente pacífica que miraba desde la playa, soldados en gran número que desembarcaban.

Por un movimiento instintivo, Antonio retrocedió y volvió á ocultarse en el bosque; si hubiera sido conocido, indudablemente le hubieran ahorcado.

Oculto permaneció entre los árboles, procurando observar; habian desembarcado muchas tropas, y artillería, y pertrechos de guerra, y luego aquellas tropas se organizaron y formaron en columna, y tomaron uno de los caminos y se pusieron en marcha.

Era el auxilio que iba á batir á los piratas; pero de segu-

ro que cuando llegaran á la villa, ya Morgan y los suyos se habrian dado á la vela.

La tarde iba espirando, el Océano se envolvía en sombras, el bosque estaba ya en la oscuridad, las olas se distinguian apenas por sus crestas espumosas, los árboles se dibujaban vagamente en el azul oscuro del firmamento, los tumbos de la mar se hacian mas solemnes, y de la selva se levantaban mil rumores, mil cantos, silbidos de insectos, cantos de aves, murmullos de rios, crugidos de troncos y de ramas, ruido monótono del viento entre la fronda.

La noche sobre las aguas y la noche sobre la tierra en el Océano; silencio pavoroso, interrumpido solo por el chocar de las aguas contra las rocas; en el bosque rumor confuso, interrumpido de cuando en cuando por causas que no alcanza ni la ciencia misma.

Antonio esperó, esperó; las luces de los navíos se apagaron, pero en ellos velaba la tropa que allí habia quedado: en la playa ardian algunas lumbradas que fueron poco á poco extinguiéndose.

Reinó el mayor silencio entre los habitantes de aquella improvisada colonia; solo se escuchaban algunas veces los ladridos de los perros que contestaban al lejano grito de alguna fiera de las selvas.

Antonio se atrevió entonces á salir de su emboscada, y á la escasa luz de las estrellas comenzó á caminar.

Siempre recatándose, siempre procurando marchar entre la maleza y no separarse mucho del bosque, llegó hasta un punto en que le pareció oír el rumor de algunas personas que hablaban en voz baja; dió un paso mas, y descubrió un grupo de hombres que conversaban sentados en el suelo. Todos tenian armas, y debian ser sin duda algunos isleños

emigrados de la villa, porque cerca de ellos habia algunas cajas, y algunas mujeres dormian en el suelo cerca de allí.

Antonio se ocultó y procuró escuchar, y á las primeras palabras de aquella conversacion, comprendió que habia llegado al término de su viaje.

—Para que veais—decia uno de aquellos hombres—cómo Dios premia en esta vida las buenas acciones; os encontráis libre, y sano y salvo, y os reunís, cuando menos lo esperábais, con vuestra familia.

—Mucho tengo que agradecer á su Divina Majestad—contestó una voz demasiado conocida para Antonio.

—¿Y decís llamaros?—preguntó un tercero.

—Don Pedro Juan de Borica y Lenguado—contestó el hombre de la voz conocida, que era nada menos que el desollador, que ya creia tener segura su carta de nobleza.

—¿Y pensais quedaros con nosotros?

—De seguro que no—contestó Pedro Juan:—si me es posible, al regreso de esta armada me embarco para la Nueva-España.

—Hareis bien, porque ya en esta isla no es posible vivir con tales cosas como en ella pasan: además, estas dos señoras han padecido tanto, que necesitan mucho reposo, que aquí de seguro no tendrán.

—¡Pobrecitas!—dijo Pedro Juan;—solo Dios las pudo haber salvado de esos infames piratas.

Su conversacion giró entonces sobre la vida y costumbres de aquellos hombres, á los que pintaba el desollador con los colores mas espantosos que pudo encontrar en la escasa paleta de su imaginacion.

Antonio estaba ya seguro de que Julia y la señora Magdalena estaban con seguridad y reunidas con Pedro Juan,

á quien él miraba como una Providencia para aquellas dos mujeres.

Podia, pues, retirarse tranquilo; nada tenia que temer por su amada, ni nada tampoco podia hacer por ella; así se lo aconsejaba la prudencia; pero Brazo-de-acero estaba enamorado, y los enamorados casi nunca tienen que ver con la prudencia; es una virtud que les estorba, y Antonio no estaba exento de esa regla: quiso partir, pero quiso antes que Julia supiera que estaba cerca de ella, que la cuidaba, que la seguia, y que se separaba de ella cuando la miraba ya tranquila y fuera de riesgo.

Hablarla en aquellos momentos era imposible; escribirla, ¿cómo?

Antonio recordó sus costumbres de la isla Española; caminó, dando un rodeo, hasta quedar en la parte opuesta adonde se encontraba al principio, y cerca siempre del grupo en que estaba Julia, y comenzó á silbar una de las cancioncillas con que avisaba á la jóven su presencia en la aldea de San Juan.

Los hombres, como era natural, no hicieron caso de aquello; pero Julia, que no dormia, se figuró al principio que soñaba, y lloró.

Pero luego comprendió que no era sueño, y creyó que por una casualidad habia álguien que silbara así para atormentarla con recuerdos tristes, y procuró no escuchar.

Antonio varió de aire, y entonces Julia se incorporó, sintiendo que se volvía loca.—¡Antonio!—exclamaba—¡Antonio! ¡Imposible! ¿cómo?

Brazo-de-acero seguia silbando; la señora Magdalena dormia, y Julia llegó á comprender que su amante estaba cerca de ella.

Antonio, á la escasa luz de la moribunda hoguera, vió la sombra de Julia que se incorporaba; no podía seguramente reconocerla; pero supuso que ninguna otra mujer hubiera fijado su atencion en lo que él tenia por contraseña con la jóven.

Los dos, pues, se habian reconocido, los dos sabian que estaban muy cerca el uno de la otra, y los dos comenzaron luego á meditar una manera de hablarse.

Julia, miedosa y tímida, la creyó imposible; Antonio, audaz y enamorado, la juzgó sencilla.

Comenzó á arrastrar entre la maleza, que era mas y mas escasa á medida que se acercaba al lugar en que estaba la familia de Pedro Juan; además, la conversacion de éste continuaba y era muy fácil que la descubriera; pero él queria hablarle á Julia, y estaba resuelto á conseguirlo á toda costa.

Por fortuna, los hombres estaban muy entretenidos, y la señora Magdalena dormia tranquilamente.

Antonio logró por fin estar cerca de su amada.

—¡Antonio, por Dios!—le dijo la jóven en voz tan baja que parecia un suspiro;—¿qué haces? ¡te van á descubrir!

—¡Julia! ¿crees que podía yo abandonarte?

—¡Pero Antonio! estoy en seguridad; ¡huye! aléjate de aquí! sálvate! yo te lo ruego!

—Angel mio, no temas; me alejaré; pero he querido hablarte antes, para que sepas que velo por tí, que no te abandono.....

—¿Piensas que lo he dudado nunca? ¡Ah! ¿no te conozco? Pero aléjate! por Dios! por nuestro amor! tengo miedo! mucho miedo por tí! Si llegaran á descubrirte, me moriría yo de pesar! Hazlo siquiera por mí! aléjate, amor mio!.....

—Bien, Julia, te obedezco, pero no me olvides ni un instante!

—¡Nunca! nunca! tú eres mi solo pensamiento!

—¿Me amarás siempre?

—¡Siempre! ¡siempre!

—¡Adios! ten fe en mis promesas.

—¡Adios! fia tú en mis juramentos!

Julia tendió su mano, Brazo-de-acero la atrajó suavemente, y depositó en ella un beso tan callado, que no lo escucharon ni las brisas del mar; y luego con la misma precaucion de antes, comenzó su retirada.

Julia escuchaba; el menor rumor, el ruido de la brisa entre la yerba, la espantaban, y creia que habian descubierto á Brazo-de-acero; los tumbos del mar que le impedian oír, la impacientaban.

Así permaneció mas de una hora, y entonces exclamó:

—¡Dios mio! quizá ya estará en salvo!

Antonio, no solo contento, sino verdaderamente orgulloso, se retiró del lado de Julia, y á fuerza de astucia logró ganar, sin que nadie le sintiera, la orilla de los bosques.

Para el hombre que ama de veras, la aprobacion de la mujer que adora es la mas hermosa de las victorias, porque en ella reconcentra él todo su mundo, y nada le importa el desprecio en la sociedad entera si ella está contenta.

Una mujer que es amada así, puede decir con orgullo: yo he inspirado esa accion grande; á mí me debe mi patria este héroe; á mí me debe la humanidad ese libro, esa institucion benéfica; yo sostengo en la batalla ese corazon, en la ciencia ese cerebro, en la virtud ese ánimo; porque ese hombre lo hace todo por mí, por mí no mas.

Brazo-de-acero pensaba en esto, y estaba orgulloso con

el orgullo de su Julia, y meditando en esto, se recostó al pié de un árbol y se quedó dormido.

La juventud y el cansancio reconcilian el sueño aun en medio del mayor peligro; Antonio ni reflexionó siquiera el lugar en que se encontraba.

Durmió mucho tiempo, y soñaba con Julia; de repente sintió que le movian; abrió los ojos, y despertó.

Una multitud de gente le rodeaba.

—Este es de los piratas—decia uno.

—Sí, es pirata—repetian otros.

—Levántate—le dijo uno de ellos, sacudiéndole fuertemente el brazo.

Antonio se levantó.

—Contesta: ¿eres pirata?

—Venia yo con ellos—dijo Antonio con serenidad.

—¿Entonces eres pirata?

—Si lo fuera ¿estaria yo aquí durmiendo con tal tranquilidad?

El argumento debió parecer de mucha fuerza á aquellos hombres, porque se miraron unos á los otros.

—¿Pues cómo venias con ellos?—insistió uno.

—Cautivo desde la isla Española.

—Bueno seria preguntar á los otros prisioneros—agregó un tercero.

—Sí, sí—dijeron todos.

—Es ya imposible—replicó el que hacia de jefe;—mirad que se hace á la vela el navío en que se van.

Todos volvieron el rostro en la direccion que aquel les indicaba, y Brazo-de-acero vió un navío de guerra que comenzaba á deslizarse majestuosamente sobre las aguas.

Fijó su atencion, y alcanzó á distinguir á Julia sobre la cubierta.

Antonio sintió que contra su voluntad, un suspiro salia de lo mas hondo de su pecho. Aquella separacion iba quizás á ser eterna, y este pensamiento le preocupó de tal manera, que se dejó atar sin hacer la menor resistencia.

Poco despues, Brazo-de-acero caminaba hácia la villa, custodiado por un grupo de paisanos furiosos que le amenazaban á cada instante con darle la muerte.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO